

## ¿ESTILOS DIFERENTES O RIVALES EN LA ANTÁRTICA?: PERSPECTIVA CHILENA ACERCA DE LAS GESTAS DE SCOTT Y AMUNDSEN, 1911-1912

M. Consuelo León Wöppke<sup>1</sup>

Nunca ha sido explicado suficientemente por qué los latinoamericanos debemos conocer y venerar las figuras de los exploradores Robert F. Scott y Roald Amundsen, quienes lograron llegar al Polo Sur a inicios del siglo pasado, ya que en esa misma época, chilenos y argentinos estábamos esforzándonos por delimitar los territorios antárticos que entendíamos como nuestros y que se extendían hasta dicho polo. Los exploradores antárticos europeos, en general, eran mirados con profunda admiración y algo de envidia por los científicos chilenos, mientras que la opinión pública vacilaba entre considerarlos entrometidos, chiflados o simplemente ignorarlos del todo.



Robert Falcon Scott

A cien años de haber realizado sus viajes hacia el interior de la Antártica siempre es bueno reflexionar sobre las lecciones que nos dejaron ambos exploradores.

### *EL CONTEXTO INTERNACIONAL HACIA EL INICIO DEL SIGLO PASADO*

Entre la década de 1890 y la eclosión de la Primera Guerra Mundial se da un período que reviste especial fascinación para los amantes de la historia y los descubrimientos geográficos: una época de notable actividad y dinamismo a nivel mundial, donde se combinaron —en distintas proporciones— la búsqueda de fama personal, el afán científico y una ferviente aspiración, apenas disimulada, que el propio país aumentase su poderío nacional en los ámbitos económico y territorial.

Antiguas potencias europeas como Gran Bretaña, Francia y Noruega, otras potencias emergentes como Estados Unidos, Alemania y Japón recorrían y exploraban el mundo tratando de ampliar su comercio y de estar presentes, en calidad de actores principales, llegado el momento de las nuevas asignaciones de territorios. Los repartos del océano Pacífico, del África y del Imperio chino son claros ejemplos de ese

---

1 Licenciada en Historia y Geografía en la Universidad de Chile, Magíster en Estudios Internacionales en la misma universidad, Magíster en Historia en la Southern Illinois University y Doctora en Historia Diplomática, Southern Illinois University, Carbondale. Actualmente es la encargada del área de patrimonio de la Fundación Valle Hermoso y la Coordinadora de la Revista de Estudios Hemisféricos y Polares. Ha publicado una serie de libros y artículos sobre la Antártica entre ellos, el último se titula: *Jalonando Chile Austral Antártico: El Ejército en la Antártica, 1948*. Santiago: IGM, 2010. (Coautoría con Eduardo Villalón y Mauricio Jara).

espíritu que resultó ser tan atractivo y trascendente, que llegó a definir en la práctica el comportamiento y las normativas internacionales de la época.

El continente antártico en general, y particularmente el Polo Sur, constituían en aquel entonces la frontera más lejana, ignota y desafiante: algo se conocía del litoral antártico, de sus hielos eternos, de su clima durísimo e inclemente, de sus enormes distancias; por ello la conquista de su espacio interior y especialmente del polo geográfico era considerado como un objetivo tal que solo los más avezados e intrépidos podrían intentar. Las sociedades científicas, en todo el mundo, seguían con gran atención las exploraciones realizadas en Groenlandia y en el Ártico, áreas geográficas que por sus características particulares, servían también de laboratorio y preparación para futuras expediciones antárticas.

En todas partes era perceptible una actitud de premura y de un genuino interés por no quedar fuera de lo que había llegado a constituir, de hecho, una verdadera “carrera” hacia la Antártica y hacia el Polo Sur. Algunos historiadores han definido esta época como de “un imperialismo desatado” y otros como el “período heroico” de la exploración antártica, actividad en que convergían, como ya se ha dicho, intereses de todo tipo.

La culta elite gobernante de Chile no estaba ajena a este escenario mundial y preparaba también una expedición hacia el continente helado. No se pretendía llegar al polo, pero al menos demostrar –acorde al derecho internacional de la época– una decidida voluntad de dominio sobre ese territorio patrimonial que consideraba como propio. Muchos factores fueron tomados en consideración para decidir tal expedición, no obstante los escasos recursos económicos disponibles: a manera de ejemplos, la clara conciencia de nuestra proximidad geográfica a la península antártica, y las grandes capacidades y experiencia marineras con que contábamos.

En tal coyuntura internacional y con un preciso conocimiento de las crecientes aspiraciones foráneas, el gobierno chileno se volcó infructuosamente a dos objetivos que estimó esenciales: consolidar nuestros derechos por medio del envío de una expedición y lograr un acuerdo limítrofe sobre la Antártica con la vecina nación argentina.

Mientras Chile se empeñaba en ello, otras naciones continuaban planificando y alistando sus expediciones hacia las latitudes australes. Obviamente, preparar una expedición antártica que tenga razonables probabilidades de éxito –tanto entonces



Discovery, by E. A. Wilson.

como ahora—no es una tarea fácil, ni mucho menos, breve. Como acertadamente dice Liv Arnesen “la idea de ir al Polo Sur no es impulsiva. Es un largo proceso. No puedes tener esa idea en mayo y salir en junio”.

De tal manera que cuando dos famosos expedicionarios —el noruego Roald Amundsen (1872-1928) y el británico Robert Falcon Scott (1868-1912)— arribaron a la Antártica a inicios del 1911, ello era el resultado y la materialización de meses y años de arduas, detalladas y sigilosas preparaciones. Para ambos, llegar a la Antártica y alcanzar el Polo Sur constituía no solo el más señero logro personal de sus vidas; sino también un objetivo de resonancia mundial y una forma de acrecentar la fama y los territorios ultramarinos de sus respectivas naciones.

### *DOS EUROPEOS EN BUSCA DE ACRECENTAR SUS FAMAS*

No obstante compartir el deseo de ser los primeros en desplegar su bandera en el Polo Sur, Scott y Amundsen no solo tenían diferentes personalidades, sino que utilizaban también estrategias muy distintas en el logro de sus metas. Es difícil poder señalar quien logró pasar de mejor forma a la historia: si el que llegó primero al Polo Sur o quien, luego de haber llegado después, pereció en su viaje de regreso. Por décadas, e incluso en estos días, la prensa y la literatura especializada se han dedicado a analizar exhaustivamente sus diferencias, explicar los resultados obtenidos, y alternativamente, elevar a uno de los exploradores y villanizar al otro.

**Robert Falcon Scott**, de temperamento sensible y soñador, era capitán de la Armada británica, institución a la que había ingresado a los 13 años; carecía de recursos económicos propios, pero poseía una gran experiencia en climas polares y contaba con los vastos conocimientos acumulados por la Real Armada, por entonces la primera en importancia y con presencia en todos los mares del mundo.



Capitán Scott, en su escritorio.

La experiencia polar la había obtenido en su primera expedición antártica (“Discovery”) realizada a inicios del siglo XX. Esa aventura se había iniciado en 1899, cuando por intermedio de Clements Markham —un decidido impulsor de la exploración antártica— Scott supo que Gran Bretaña planeaba enviar una expedición al continente blanco y decidió presentar su postulación para comandarla. No puede decirse con certeza si su verdadera motivación había sido impulsar el conocimiento científico sobre magnetismo, meteorología y geología antárticas; o simplemente obtener una mayor libertad en su quehacer profesional; pero si se conoce que entre 1901 y 1904 sería el primero en llegar al plateau antártico, y que en dicha expedición conoció a varios marinos que posteriormente integrarían su segunda expedición: los tenientes Barne y Skelton, el oficial de abastecimiento Dellbridge y dos suboficiales: Evans y Allan.

Su libro *El Viaje del Discovery* publicado a su regreso a Inglaterra, en 1905, fue un éxito de librerías e influyó a que varios países considerasen enviar nuevas expediciones. Cabe señalar que, frecuentemente, los miembros de una expedición se transformaban, de hecho, en potenciales rivales de los exploradores más afamados, o bien abrían la senda para nuevas exploraciones. Tal fue el caso del británico Ernest Shackleton, quien en 1909 logró llegar a 97 millas geográficas del Polo Sur, demostrando la posibilidad de alcanzar el interior del continente antártico con la ayuda de ponies y de tracción humana lo que intentará repetir, al cabo de un par de años, el mismo Robert Scott. Coincidiendo casi con el inicio de la Primera Guerra Mundial, Shackleton volvería a la Antártica y quedaría indeleblemente vinculado a Punta Arenas, Chile, desde donde se le organizó y se verificó el exitoso rescate a su famosa expedición que estaba atrapada por los hielos.

La segunda expedición antártica emprendida por Scott se inició en 1910 y, como se ha expresado, tenía por objeto llegar al Polo Sur y completar así la obra iniciada por Schackleton. Sin entrar en detalles sobre la expedición misma bástenos decir que, efectivamente, logró llegar al Polo Sur el 17 de enero de 1912, pero un mes más tarde que lo hiciera el noruego Roald Amundsen. Lamentablemente, en su travesía de regreso, Scott y sus cuatro compañeros: Edgar Evans, Lawrence Oates, Henry Bowers y Edward Wilson perecieron, entre mediados de febrero y fines de marzo de 1912, debido al frío, el agotamiento y la mala nutrición.

El diario de viaje de Scott y los de sus compañeros de fama e infortunio fueron encontrados varios meses después de haber fallecidos, en noviembre 1912. Así, Scott se convirtió “en una leyenda trágica, más apreciada que el simple logro geográfico que hubiese obtenido”. El conocimiento del penoso y mortal desenlace de esa expedición remeció profundamente a los británicos, especialmente el heroísmo de Oates, quien se inmolara para que sus compañeros tuviesen alguna posibilidad de salvarse. También causó enorme impresión el hecho que nunca abandonasen sus intereses científicos, ya que hasta los últimos días de sus vidas, emplearon parte de sus ya menguadas fuerzas en continuar recogiendo muestras geológicas.

Según algunos especialistas, Scott no consiguió llegar primero al polo ni regresar vivo debido a una conjunción de factores adversos, siendo algunos de estos una persistente mala suerte, factores climáticos adversos, errores de planificación y malas decisiones. Destacan, por ejemplo, que Scott uso perros solo en una parte del trayecto terrestre; que utilizó ponies de Siberia, los que finalmente no resultaron ser aptos para la extremadamente rigurosa realidad



De Pie: Capitán Oates, Capitán Scott, P.O. Evans. Sentados: Teniente Bowers y P.R. Wilson.

antártica; esto significó que el grupo expedicionario debió cargar además sus propios equipos, enfrentando un clima particularmente inhóspito y con una alimentación muy precaria y deficiente en calorías.

Sin entrar en una estéril discusión acerca de las hipotéticas deficiencias de planificación que pudo tener la expedición de Scott, se puede destacar en cambio que su trágico final y los valores de reciedumbre moral, fortaleza, resignación e incluso autoinmolación que demostraron tanto él como sus compañeros, marcaron a muchas generaciones de británicos y amantes de las exploraciones en regiones extremas.

El competidor de Scott en la carrera hacia el polo, fue el noruego **Roald Amundsen** (1872-1928), explorador de reconocido prestigio y experiencia, que ya en 1906 había logrado ser el primer hombre que recorrió en su totalidad el Paso Noroeste, objetivo que había cautivado la imaginación de los anglosajones desde la época de los primeros colonizadores en América del Norte.

Metódico, de carácter muy diferente al del explorador británico, Amundsen preparó la expedición concienzudamente, teniendo muy claro, desde el principio, que su verdadero objetivo no era tanto el avance del conocimiento científico, sino que vencer a los británicos en la carrera hacia el Polo Sur. Así, arribó a la Antártica un mes antes que Scott, y tomó como punto de inicio para su travesía terrestre a Bahía Ballenas, situada unas 60 millas más cerca del Polo Sur que la base de partida de Scott.

Todo parece indicar que Amundsen era hombre que nada dejaba abierto a la casualidad, no obstante ser extraordinariamente flexible para aprovechar lo que las circunstancias le ofrecían. “Todo lo que he realizado”, señala, “ha sido fruto de una vida de planeamiento, de cuidadosa preparación y de trabajo concienzudo y duro”. A modo de ejemplos: para poder llegar a los extremos del mundo, desde muy joven decidió adiestrarse físicamente en el ejército; luego se enroló como marinero y consiguió llegar a ser –con 25 años de edad– el primer piloto del *Bélgica*, nave de la expedición antártica belga; y luego, cuando se dio cuenta que realizar investigación científica proporcionaba recursos económicos para las expediciones, decidió especializarse además en magnetismo terrestre.

Adicionalmente, Amundsen se dedicó a perfeccionar las técnicas de supervivencia y alimentación en áreas y climas polares con los inuits. Considerando todas esas experiencias, decidió emplear cuatro trineos tirados por perros de raza groenlandesa muy bien adiestrados para su desplazamiento terrestre hacia el Polo Sur; e incluso, con el objeto de asegurarse que los canes tuviesen alimento suficiente para el viaje de regreso, no vaciló en sacrificar dos tercios de ellos, cruel procedimiento que habría horrorizado al británico Scott.

Al mes de haber llegado Amundsen a la Antártica lo hicieron los británicos y Scott se dio cuenta que los noruegos iban a partir al polo antes que él. Efectivamente, entre febrero y marzo de 1911, los noruegos se habían dedicado a instalar depósitos de provisiones y señales de referencia en la Barrera de Hielo para su viaje al polo. Nuevamente, sin entrar en detalles, bástenos decir que esta cuidadosa planificación re-

sultó ser tan adecuada y eficiente que los noruegos pudieron avanzar sin mayores contratiempos hacia el interior del continente helado.

Cuando faltaban pocos kilómetros para alcanzar la meta, Amundsen, con la bandera noruega ya desplegada, reconocía sentir la misma sensación que experimenta “un niño la noche anterior a la Nochebuena: la tensa espera de lo que iba a pasar”. Él con su grupo expedicionario llegaron al Polo Sur el 14 de diciembre, armaron una tienda negra con la bandera noruega y en ese punto Amundsen escribió dos cartas: una para Scott y otra para el rey de Noruega, pidiendo a Scott que la hiciera llegar a su real destinatario ante la eventualidad que ellos no volviesen; y luego de pasar tres días en el Polo Sur, iniciaron el viaje de regreso que se efectuó sin mayores percances. Al regresar, habían completado un recorrido de 3.000 kilómetros en solo 99 días.

La expedición noruega nunca pretendió tener objetivos científicos: su meta era solo llegar al polo antes que cualquier otro explorador. Por otra parte, verdaderamente impresiona que los escritos de Amundsen y en especial los de Olav Bjaaland, que hacen parecer como si toda esa expedición hubiese sido algo muy fácil, casi como un día de campo en las montañas noruegas.

Su triunfo se difundió a nivel mundial mucho antes que se conociera la tragedia de Scott y sus hombres y Amundsen se convirtió en un héroe nacional de la recién independizada Noruega. Más adelante, mientras una parte del mundo ensalzaba el idealismo y autoinmolación del grupo de Scott, otra parte de la opinión mundial reconocía a los noruegos su triunfo, y haber tomado buenas decisiones: formar un pequeño y eficiente grupo humano, empleo de perros adecuados, bien adiestrados y, finalmente, haber asegurado un feliz regreso.

#### ¿ENEMIGOS, RIVALES O SIMPLEMENTE DOS FORMAS DE ENFRENTAR LOS DESAFÍOS?

En el período histórico que hacemos referencia las rivalidades entre exploradores eran muy frecuentes y constantes, por cuanto además se veían en la necesidad de conseguir financiamiento para sus expediciones generalmente recurriendo ante los mismos posibles patrocinadores. Scott, por ejemplo, siempre resintió que su rival noruego le había ocultado el verdadero propósi-



En la Foto Teniente Shackleton y el Capitán Scott a bordo del Discovery.

to de su expedición, el haberle ocupado una base que él había dejado en su expedición previa y haberle desconocido su mejor derecho de llegar él primero al polo.

No obstante, pareciera ser que Amundsen tomó la decisión de dirigirse hacia el sur, porque mientras preparaba su expedición se conoció que el Polo Norte ya había sido conquistado y, por tanto, debía pagar a sus acreedores con un logro equivalente y realmente significativo. En realidad, hay un explicable aunque tal vez impropio sigilo en el actuar de Amundsen, el que ni siquiera avisó a sus auspiciadores que en vez de dirigirse al Ártico zarpaba hacia el sur y que, en conocimiento lo que se proponía Scott, solo le envió un lacónico telegrama señalando: “el *Fram* se dirige a la Antártica. Amundsen”.

Posiblemente los noruegos dejaron deslizar algo de ironía en la carta que dejaron en el Polo Sur a los británicos que venían a su zaga; tampoco desconocieron las previsible dificultades que enfrentaban el grupo de Scott, pero se trataba de lograr una meta que conllevaba tanto el prestigio personal de los exploradores como el de la potencia bajo cuya bandera marcharon. Por esto resulta tan difícil criticar a unos o ensalzar a otros: un grupo representó más la tradición, el sacrificio romántico y la autoinmolación; el otro encarnó más bien los valores modernos de la competitividad, la eficiencia, y el logro de objetivos.

La prensa de la capital chilena asignó inicialmente escasa importancia al éxito de Amundsen o a la suerte del grupo explorador británico. Estas exploraciones antárticas motivaban muy poco a la opinión pública capitalina, preocupada de la difícil situación económica y política por la que atravesaba el país. En cambio los periódicos de Punta Arenas, como *El Magallanes*, normal y habitualmente publicaban extensos relatos sobre las distintas exploraciones que pasaban por sus costas, muchas de las cuales se dirigían hacia el continente antártico; por otra parte, la suerte que corrían los marinos y científicos de diferentes nacionalidades en esas difíciles regiones les tocaba muy de cerca, ya que su población estaba integrada mayoritariamente por extranjeros avecindados o por personas de ancestros europeos.



Dibujo de la expedición de 1910-1912 Roal Amundsen.

Desde el punto de vista nacional, pareciera ser que este tema no provoca ni provocó la fuerte emotividad que se dio en otras partes. Se entiende que eran europeos motivados por valores que aún permanecen vigentes: el deseo de alcanzar la posteridad, de vencer a las fuerzas de la naturaleza, de sobrepasar a los oponentes en una justa contienda. Resulta comprensible que las naciones desearan y deseen contar con héroes destacados que sirvieran de ejemplo a las generaciones jóvenes resaltando virtudes tales como apertura a culturas indígenas—Amundsen estudió y reprodujo mucho de la cultura inuits—la capacidad de organización, la tenacidad frente a la adversidad, o el extremo de sacrificar la propia vida por los demás.

También puede entenderse la necesidad de escribir y reescribir la historia de estas exploraciones, quizás desmitificando héroes o complementando los relatos con nuevas perspectivas; pero independientemente de quien tenga la razón, Amundsen y Scott son dos héroes que no deben ser olvidados ya que representan dos estilos de cómo enfrentar gigantescos desafíos, dos formas diferentes de pasar a la historia.